

CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE LA EDAD DEL HIERRO EN EL SECTOR ORIENTAL DE LA MESETA NORTE: LAS MARTILLAS I Y II (FUENTEPINILLA, SORIA)

José Alberto Bachiller Gil
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

RESUMEN

En este estudio abordamos el análisis de la Edad del Hierro en la zona centro de la provincia de Soria. En el término municipal de Fuentepinilla, nos encontramos con el poblado de la Primera Edad del Hierro de Las Martillas I, cuya secuencia cronológica abarca desde el siglo VII hasta el IV a.C. En este momento, en torno a la primera mitad del s. IV, es destruido mientras que a escasos 250 metros comienza la vida en el poblado celtibérico de Las Martillas II, cuya secuencia cronológica abarca desde el siglo IV al II a. C.

PALABRAS CLAVE: Meseta Oriental, Edad del Hierro, Etapa Celtibérica.

ABSTRACT

In this work we carry out the analysis of some aspects about the Iron Age on the center of Soria Province (Spain). We are studying Las Martillas I, a village located in the township of Fuentepinilla. The site is dated in the First Iron Age, with a chronology covering from the VII to the IV century b.C. Approximately in the first half of the IV century, this village was destroyed, and the celtiberian village Las Martillas II was founded just 250 metres far from it. The chronology of this latter village covers from the IV to the II century b.C.

KEY WORDS: Eastern Tableland, Iron Age, Celtiberian Period.

INTRODUCCIÓN

Con el presente trabajo queremos dar a conocer dos asentamientos muy próximos entre sí y localizados en el término municipal de Fuentepinilla (Soria), en el paraje denominado Las Martillas. Ambos yacimientos distan aproximadamente unos 500 m de dicho pueblo en dirección al sur (figs. 1.1. y 1.2).

Se emplazan a la derecha de la carretera que conduce desde Fuentepinilla a Almazán sobre los rebordes septentrionales de una amplia plataforma que domina la vega y el curso del río Fuentepinilla. Se trata de una zona compuesta fundamentalmente por material arenoso y cantos rodados y destinada a la agricultura y a pastos. No se trata de emplazamientos especialmente estratégicos, al menos desde el

punto de vista defensivo, ya que no presentan excesivas dificultades de acceso, únicamente el lado norte presenta cierta pendiente. El resto de los costados se abren a una paramera llana donde se asientan las parcelas de cultivo.

En ambos casos no se puede calcular con exactitud su extensión ya que sus límites son muy difíciles de discernir. No obstante, hemos realizado un cálculo de su superficie, en función de la dispersión del material arqueológico, y no parece que en ninguno de los dos casos pueda sobrepasar las dos hectáreas.

El interés de ambos yacimientos radica en que parecen ser consecutivos en el tiempo, siendo el primero de ellos (Las Martillas I) fechable en la 1ª Edad del Hierro y el segundo (Las Martillas II) en época celtibérica. Es por ello que podrían ofrecer una secuencia arqueológica seriada del panorama cultural que presenta este territorio durante todo el periodo. Este aspecto es de especial importancia porque son muy pocos los datos arqueológicos que poseemos para establecer una secuencia diacrónica en esta zona, es decir el averiguar cómo y cuando se produce el tránsito de una fase a otra.

LAS MARTILLAS I

SITUACIÓN Y EMPLAZAMIENTO

El poblado se halla situado en una paramera próxima al pueblo y al sur del mismo, a la derecha de la carretera que conduce a Almazán y parcialmente alterado por uno de los caminos que conduce a Valderrueda, ya que corta el yacimiento (fig. 1.2). Lo dimos a conocer hace ya bastantes años en nuestra memoria de licenciatura, aunque bajo el topónimo de Los Altos de Fuentepinilla (Bachiller, 1984: 163-170).

El lugar es de fácil acceso por casi todos los costados, excepto el lado norte, que presenta una ligera pendiente que domina la vega del río Fuentepinilla. Pese a que las características orográficas no son las más adecuadas para su defensa, no hemos observado la existencia de fortificación alguna, especialmente en las zonas en que es más vulnerable, el costado meridional, pero resulta imposible asegurarlo ya que todo el yacimiento lo ocupan campos de labranza y ha sufrido notables alteraciones.

En superficie aparecen gran cantidad de materiales dispersos a ambos lados del camino que corta el yacimiento, especialmente cerámicas elaboradas a mano, abundantes molinos barquiformes con algunas amoladeras y algunos fragmentos cerámicos torneados, muy puntuales, de filiación celtíbera.

También se pudieron observar numerosos restos de barro con improntas de ramaje, posiblemente correspondientes al desplome de las techumbres y pedazos de adobes, algunos de los cuales presentan signos de haber estado en contacto con el fuego. Se pueden ver, asimismo, numerosos restos óseos (molares, huesos largos, etc.), algunos parcialmente calcinados, correspondientes en su mayor parte a bóvidos.

La abundancia de restos de carbones y cenizas, los huesos quemados y los adobes, también con señales de haber estado en contacto con el fuego, hacen suponer una destrucción por incendio. Esto podría corroborarse por la presencia de



varios fragmentos de cerámica a mano, de factura ruda y tosca que pertenecen a recipientes de tamaño medio y grande, que presentan pegados a su pared externa restos de bronce derretido que se desprende con suma facilidad. No se corresponden a elementos de incrustación de dicho metal sino que se han adherido accidentalmente a las superficies de los recipientes después de un fuego intenso.

ANÁLISIS DE LOS MATERIALES

Los restos más significativos, sin duda alguna, son las cerámicas elaboradas a mano de las que existen un buen número y variedad de formas: globulares, troncocónicas, de cuello recto, de bordes planos o abiertos, cuencos, grandes recipientes, fondos planos o anulares, etc. (lámina 1).

La calidad de las pastas también varía de unos fragmentos a otros. Los que presentan gran grosor están elaborados con arcillas menos tamizadas que contienen abundantes impurezas y desgrasantes de gran tamaño. Por el contrario, los recipientes de paredes más finas y de menor tamaño presentan arcillas más decantadas, de mejor calidad y acabado.

La temática decorativa es muy reducida, limitándose a digitaciones e incisiones en los bordes de las vasijas o, también, a decoración plástica de cordón con digitaciones o incisiones por lo general ubicada en la panza de grandes recipientes (lámina 3, 1-6). No obstante la mayoría de los fragmentos son lisos. Asimismo, en algunos ejemplares de paredes finas podemos documentar restos de grafito.

Por lo que respecta a las formas cerámicas nos encontramos con una variedad de tipos (Lámina 1) que se hallan, asimismo, presentes en una gran parte de yacimientos de la comarca de Almazán, pero que cuentan a su vez con paralelos en los castros sorianos de la serranía.

La forma 1 es relativamente frecuente, aunque con variantes —como las representadas con los números 2 y 3—, se halla presente en muchos yacimientos provinciales de la Edad del Hierro, entre los que figuran varios castros como los Castillejos de Cubo de la Solana, Zarranzano, Virgen del Castillo de El Royo, El Castillejo de Castilfrío de la Sierra o El Castelar de San Felices, entre otros (Bachiller, 1987a: 31-33; 1987b: 22-23). También la encontramos en sepultura 53 de la necrópolis de San Bartolomé de Ucero, donde se fecha en el s. VI a.C. (García-Soto y De la Rosa, 1995: 87-88).

Fuera del territorio provincial la encontramos en diversos grupos culturales de contexto de Campos de Urnas con una secuencia cronológica muy amplia, siglos IX-VI, llegando en Las Madrigueras hasta el s. III a.C.

En la vecina provincia de Guadalajara aparece en Cerro Renales (Villegas de Mesa), donde Cebolla Berlanga documentó varios ejemplares grafitados pero también sin grafito, como es el caso de un ejemplar muy similar al representado con el número 2 (Cebolla Berlanga 1986: 175-199; Álvarez, 1990: 805-806). También aparecen algunos ejemplares pintados en la necrópolis de Molina de Aragón (Cerdeño, 1986: fig. 2). En Los Castillejos de Pelegrina (Guadalajara) aparecen galbos similares que se clasifican en la fase protoceltibérica, fechable a partir del s.



vii a.C. (Talavera, 2002: 62 y 125-126). En el Valle del Jalón, en Cerro Ógmigo, hay abundantes paralelos en la forma 1 fechados en el s. vi a.C. (De la Rosa y García-Soto, 1995: 266-268 y 274). En el periodo Celtibérico Antiguo hay ejemplares idénticos (Arenas y Martínez, 1999: 24).

Ejemplares muy afines los encontramos en el Grupo Soto de Medinilla con una cronología que los sitúa entre el 650 y 500 a. C. (Ruiz Zapatero, 1995: 35). También son frecuentes en el Grupo de Campos de Urnas del Hierro del Medio y Alto Ebro o Grupo Redal-Cortes (Ruiz Zapatero, 1985: fig. 222-7; 1995: 30 y 35), estando presentes en yacimientos como El Castejón de Arguedas, El Redal (Castiella, 1977), niveles inferiores de La Hoya (Llanos, 1976), etc.

La forma recogida en los números 5 y 6, aunque desconocemos en todos los casos la manera en que se articula la base, podría tratarse de una variante dentro de las formas anteriores, pues poseen paredes curvadas y el labio ligeramente inclinado hacia fuera.

Al igual que la forma 1 cuenta con muchos paralelos que muestran, asimismo, una larga tradición. La encontramos en el castro del Zarranzano, donde podría fecharse en el siglo v a. C. (Bachiller, 1987a: 31-33).

En el Grupo Soto de Medinilla en el Duero Medio se fecha entre el 650 y el 500 a.C. y en la margen derecha de la Cuenca Media del Ebro entre el 500 y el 350 a.C. (Ruiz Zapatero, 1995: 30-35). Cabe reseñar que se trata de una forma especialmente frecuente en el grupo de Campos de Urnas del Medio y Alto Ebro, estando presente en el P Ia de Cortes de Navarra (Ruiz Zapatero, 1985: fig. 176), nivel b del Castillar de Mendavia (Castiella, 1979; Ruiz Zapatero, 1985: fig. 181-14), nivel IIIc del Castillo de Henayo (Ruiz Zapatero, 1985: fig. 190), etc.

La forma 4 es una de las que está muy bien representada en casi todos los conjuntos culturales anteriormente mencionados, siendo frecuente en muchos de los contextos de Campos de Urnas. La documentamos tanto en poblados como en necrópolis, donde pudo cumplir la función de tapadera. Ejemplares similares a nuestra forma aparecen en el Grupo Soto de Medinilla (Ruiz Zapatero, 1995: fig. 6; Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, 1992: fig. 14), entre ellos en toda la secuencia que ofrece La Mota, cuya cronología abarca desde el 800 al 400 a.C. (García Alonso, 1986-87: 103-109). También se documenta en el Valle Medio del Ebro, en el valle de La Huerva, en el Cabezo de la Cruz de La Muela (Burillo y Fanlo, 1979).

Todos los ejemplares correspondientes con las formas representadas en la lámina 1-7 a 9 presentan superficies grafitadas, tratándose en todos los casos de vasijas de finas paredes y cuidadoso acabado.

La forma 8 tiene paralelos en varios castros sorianos como Los Castillejos de Cubo de la Solana, La Virgen del Castillo de El Royo o El Castillejo de Castilfrío de la Sierra (Bachiller, 1987b: 26-27). Encontramos recipientes afines en la zona navarro-riojana, en donde aparecen recogidos en la forma 4 de superficies pulidas de Castiella (Castiella, 1977: 239-242, fig. 194). La hallamos, asimismo, en los niveles inferiores del Castillo de Miranda (Juslibol), yacimiento en el que se fecha en el 490 a.C. (Fatas, 1972: 227-269, figs. 5, 6 y 7; Álvarez, 1990: 802). Ruiz Zapatero la recoge en su forma IV de los Campos de urnas del Medio y Alto Ebro (Ruiz Zapatero, 1985: 745, fig. 222-4). En Cerro Ógmigo se documentan bastan-





tes ejemplares, agrupados en la forma 6 de dicho yacimiento, presentado también grafitado y fechables en la segunda mitad del siglo VI a.C. (De la Rosa y García-Soto, 1995: 266, 273-274). Un ejemplar grafitado muy similar a nuestro galbo 7 también aparece en Cerro Ógmigo (De la Rosa y García-Soto, 1995: Lám. 6).

Los ejemplares recogidos en los números 10 y 11 son galbos muy frecuentes en todos los yacimientos de la zona tanto en los poblados centro-meridionales como en los castros de la serranía norte. Los encontramos en el cercano yacimiento de Cuesta del Espinar (Ventosa de Fuentepinilla), asentamiento en el que no sólo hay una similitud con bastantes de los galbos de nuestro yacimiento sino, también, en la presencia de grafitado y en los motivos decorativos documentados (Pascual, 1991: figs. 106-107). También en esta misma zona los encontramos en Alto de la Nevera de Escobosa de Almazán (Revilla, 1985: fig. 99-1). En los castros se documenta en algunos ejemplares de nuestra forma A, presentes en muchos de estos poblados (Bachiller, 1987a: 28-29) y en la forma 10 de Romero para estos mismos asentamientos (Romero, 1991: fig. 73).

Los ejemplares 13 y 15 presentan singular similitud con vasos de yacimientos del entorno geográfico más inmediato como El Ero de Quintana Redonda, donde también está presente la forma 14, o Cuesta del Espinar de Ventosa de Fuentepinilla. Se da la circunstancia de que también en ambos asentamientos están presentes las cerámicas grafitadas (Pascual, 1991: figs. 80, 108 y 109). En la zona norte las formas 13 y 14 se documentan con algunos ejemplares de las formas B de los castros (Bachiller 1987a: 29-30), apareciendo también la forma 15 en El Castillejo de Garray (Morales, 1995: fig. 49-21).

El resto de los galbos corresponden, en general, a recipientes de gran tamaño con abundantes paralelos en todo este territorio y provincias vecinas. Así las piezas 18 y 19 están representadas en el vecino asentamiento de Cuesta del Espinar (Pascual, 1991: figs. 103 y 106) mientras que los vasos 20 y 21 se documentan en varios ejemplares de La Corona de Almazán (Revilla, 1985: figs. 8 a 11; Revilla y Jimeno, 1986-87: figs. 2 a 5), en Alto de la Cruz o Peña del Castillo de Gallinero y en El Castillejo de Garray (Morales, 1995: figs. 46 y 50).

Por último, la forma 24, correspondiente a gran vasija, también está presente en yacimientos como Cerro de San Sebastián de Fuentetecha, donde se fecha en los siglos V-IV a.C., también en El Castillejo de Garray y en Castillejo de Golmayo (Morales, 1995: figs. 43, 49 y 77).

CONSIDERACIONES CRONOLÓGICO-CULTURALES

En Las Martillas I nos encontramos con un tipo de poblado de la 1ª Edad del Hierro que, como muy bien señalan Revilla y Jimeno, presentan unas características peculiares que los hacen sensiblemente diferentes a los castros del norte de la provincia (Revilla y Jimeno, 1986-87: 100-101), aunque para ambos grupos se defiende ahora análoga cronología, s. VII-V a.C. (Romero y Misiengo, 1995a: 72).

En primer lugar difieren en su emplazamiento, menos estratégico desde el punto de vista defensivo que el castreño. Aunque ocupan zonas elevadas que domi-



nan amplias vegas y terrenos de cultivo, no se trata de lugares tan escarpados como en los castros o bordeados de acantilados o espolones. Pese a ello no se observa en la mayoría de los casos (Las Martillas 1, El Ero, La Cuesta del Espinar, La Corona, Alto de la Nevera, La Buitrera, etc.) la existencia de murallas u otros sistemas de defensa, máxime cuando uno o varios de sus costados son muy vulnerables.

Su entorno geográfico inmediato son tierras llanas muy aptas para el cultivo e irrigadas por ríos como el Duero o algunos de sus afluentes. Por ello hemos de pensar que debió existir una dedicación económica distinta a la de los castros (Pascual, 1991: 197), pudiendo estar marcada preferentemente por la agricultura, ello podría inferirse de la gran cantidad de molinos que aparecen en Las Martillas. Es más, desgraciadamente para su conservación, la mayoría de estos asentamientos están en la actualidad ocupados por fincas de cultivo, como es nuestro caso. Esta diferenciación económica con la población castreña más dedicada a la actividad ganadera también ha sido puesta de manifiesto con anterioridad (Revilla y Jimeno, 1986-87: 101). No obstante hemos constatado también que, en los yacimientos de esta comarca que presentan las mismas características que el nuestro, aparecen frecuentemente restos óseos, fundamentalmente de bóvidos y oviápridos.

La cerámica es un material significativamente abundante frente, incluso, a la penuria que ofrecen de este tipo de material algunos de los castros de las estribaciones serranas. Como hemos podido observar en el apartado anterior, existe un número de galbos que ofrecen paralelos formales entre ambos grupos. Sin embargo, se observa una mayor abundancia y variación en los tipos, una mayor presencia de cerámicas de paredes finas con un acabado muy cuidado, ausencia de cerámicas a peine y la presencia de grafitado en bastantes ejemplares de la gran mayoría de estos asentamientos. Pese a ello los ejemplares decorados son escasos, limitándose a incisiones, digitaciones o ungulaciones en los bordes o sobre cordones y poco más. Esta diferenciación de la cerámica ha sido interpretada por la distinta incidencia, en un grupo u otro, de los grupos de Campos de Urnas de Álava y Ebro Medio para la serranía Norte y más contacto con el Bajo Aragón y Ebro Medio a través del Jiloca y Jalón de la zona centro y sur de la provincia (Revilla y Jimeno: 1986-87: 100). Ello explicaría su mayor proximidad, en lo que a cerámicas finas y grafitadas se refiere, con los grupos del norte de Guadalajara y Alto Jalón ((García Alonso, 1986-87: 103-109) encuadrados al menos en las fases protoceltibérica y celtibérica inicial (Cerdeño, García Huerta y Arenas, 1995: 157-178; De la Rosa y García-Soto, 1995: 265-274; Talavera, 2002), y con algunos otros yacimientos de la cuenca baja del Jalón y Huerva con los que hemos establecido algunos paralelos formales (Burillo, Aranda, Pérez y Polo, 1995: 250-251).

Todo este amplio territorio presentaría una cierta uniformidad cultural aunque con diferencia de matices (García-Soto y De la Rosa, 1995: 92). Esta diferencia de matices se halla presente también en el contexto provincial donde se llegan a distinguir varias entidades poblacionales durante la Primera Edad del Hierro: los castros de la Serranía Norte, los poblados no castreños del centro-sur y los castros del sureste (Jimeno y Arlegui, 1995: 103-104).

El fin de la ocupación de este yacimiento podría llevarse al siglo IV a.C., como bien defiende Pascual para asentamientos similares, coincidiendo con el ini-

cio de la Celtiberización de la zona. En nuestro caso junto a la cerámica a mano está presente, aunque en proporción muy reducida, la cerámica celtibérica (Pascual, 1991:197).

LAS MARTILLAS II

SITUACIÓN Y EMPLAZAMIENTO

Se localiza aproximadamente a unos 250 metros al Oeste-Suroeste de Las Martillas I, aprovechando un espolón saliente de la citada paramera y presentando una inclinada pendiente cubierta de pinos en diversos costados, excepto por el suroeste (fig. 1.2). También, aparece mencionado, aunque con una simple nota de referencia, en nuestro trabajo de licenciatura (Bachiller, 1984: 163-170).

Pese a que su ubicación no es especialmente estratégica desde el punto de vista defensivo, aunque controla visualmente una amplia zona de vega, no hemos observado sistema defensivo alguno.

En superficie, ocupada por campos de cultivo, se encuentran numerosos restos de material cerámico compuesto fundamentalmente por cerámica celtibérica y algunos, en mínima proporción, de cerámica a mano. También aparecen frecuentemente molinos barquiformes, amoladeras y un molino circular.

Son abundantes los restos de enlucidos, adobe y pedazos de barro con improntas de ramaje, algunos con restos de fuego, como también aparecen en parte calcinados algunos de los frecuentes restos óseos de bóvidos que se encuentran en este yacimiento. Por último hay algunos restos de almeja de río, posiblemente procedan del río Fuentepinilla aunque es más abundante en el Duero, del que es afluente, que discurre a unos 6,5 kilómetros del yacimiento.

ANÁLISIS DE LOS MATERIALES

El material más abundante es la cerámica elaborada a torno, de color anaranjado predominantemente, y que suele presentar en un buen número de ejemplares decoración pintada de color rojo más o menos oscuro con motivos que aparecen situados en el borde, cuello y pared (láminas 2 y 3).

Los paralelos formales más próximos los encontramos en el vecino yacimiento de La Cuesta del Espinar (Ventosa de Fuentepinilla). En este yacimiento los materiales están elaborados a mano mayoritariamente pero, en los momentos finales de la vida de este poblado, hacia fines del s. IV a.C., aparecen algunos elaborados a torno que presentan notables similitudes con los nuestros.

Es de destacar la presencia, en nuestro yacimiento, de algunos fragmentos de borde vuelto con uñada apenas marcada y decoración pintada de color rojo vinoso en bandas anchas que incluso invade el interior del borde. Este tipo de piezas se conocen en diversos yacimientos de Soria y han de ponerse en relación directa con otras similares de tipo ibérico del Valle del Ebro (Burillo y Fanlo, 1979)





y, también, con el inicio de la celtiberización de la zona (Sacristán de Lama, 1986), fechable en el s. IV a.C. si se tiene en cuenta las fechas de C14 de El Royo (Eiroa, 1980a y 1980b).

Se trata de ejemplares como los reflejados en la lámina 2-16, 18, 19 a 21 y 23-26, a los que incluso podríamos añadir algunos más que no presentan decoración, como los números 10, 15, 17-18 y 27. Estas piezas tienen su referencia en La Cuesta del Espinar en los ejemplares 84, 87 y 89, donde presentan similar decoración (Pascual, 1991: figs. 116-117). También se hallan presentes en Los Castillejos de Cubo de la Solana, yacimiento que tiene una ocupación que situada entre los siglos VI-III a.C. (Borobio, 1985: 71, fig. 31-71 y 72), asimismo se documenta en Fuente Vieja (Tejado), cuya cronología se sitúa entre los s. III-I a.C. (Borobio, 1985: 140, fig. 54-17), en El Castellar de Arévalo de la Sierra donde se fecha en el s. IV a.C. (Morales, 1995: 27, figs. 6 y 7), Trascastillejo de Cirujales cuya ocupación celtibérica se sitúa en los s. IV-II a.C. (Morales, 1995: 69, fig. 24-9), Los Cerradillos de Portelárbol y Utrera de Ventosilla de San Juan (Morales, 1995: 286 y 232-233, fig. 107). En la comarca de Almazán aparecen en El Castillo de Covarrubias, paralelizables a algunas cerámicas del estrato I de Las Madrigueras y que podrían fecharse en la segunda mitad del s. IV y primera del III a.C. Resulta significativo que en este mismo yacimiento aparezcan numerosas piezas similares con algunos de nuestros galbos, cuyo inicio se fijaría en las fechas anteriormente mencionadas pero podría llegar hasta el siglo II a.C. (Revilla, 1985: 179-181, figs. 96-97). También aparecen en Alepud de Morón de Almazán (Revilla, 1985: 206, figs. 109-110) y en la Buitrera de Rebollo de Duero, donde existen algunos ejemplares especialmente similares a los nuestros y cuyas producciones celtibéricas se fechan en s. IV-III a.C. (Revilla, 1985: 234, fig. 123).

Todos estos materiales proceden en su mayor parte de prospecciones superficiales o excavaciones antiguas como las de Torre Beteta de Villar del Ala, donde aparecen junto a cerámicas a mano (Romero, 1991: 442). Quizá, uno de los yacimientos donde con mayor amplitud están representadas sea El Castillejo de Fuen-sauco. Aparecen piezas similares a la 16, 21, 22 y 23 entre otras tanto en superficie como en los estratos I y II. En este último es donde más piezas paralelizables, tanto de este tipo como de otros, encontramos. Dicho estrato atestigua una fase celtibérica que, según Romero, podría comenzar en el 350 a.C., prolongándose a lo largo del III y hasta mediados del II a.C. (Romero, 1991: 388-390, figs. 85, 92 y 94; Romero y Misiego, 1995b: 135-139, fig. 4).

Sobre este grupo de materiales que Sacristán de Lama adscribió a un primer momento de impacto de elementos de filiación ibérica en el Sur del Duero (Sacristán de Lama, 1986: 126 y ss.) se realizó un estudio específico. En él se establece una nueva vía de entrada para este tipo de cerámicas desde el Ebro al Alto Duero y Duero Medio, fechándose estas producciones a mediados del s. IV a.C. o «quizá un poco antes, en su primera mitad» (Morales y Ramírez, 1993: 241-246).

Respecto a otros tipos, en Los Chopazos de Almazán encontramos algunos fragmentos elaborados a mano de forma esférica similares a los nuestros. También están representadas las formas 5 y 9 (lámina 2); la primera de ellas, de borde sencillo hacia fuera, está representada en algunas necrópolis celtibéricas del Sur de Soria

(Argente, Díaz y Bescós, 2001) y Norte de Guadalajara (Burillo, 1990). Nuestro tipo 11, de borde hacia fuera y labio prolongado, tiene paralelos en formas del Soto de Medinilla y algunas formas de Numancia. También el ejemplar 69 de Los Chopazos muestra notable similitud con nuestro tipo 8. La cronología de este yacimiento se fija en el s. IV y su vida se prolongaría hasta el s. I a.C. (Revilla, 1985: 39-41, figs. 17-39, 18 y 19 y 21).

En La Muela de Almazán encontramos, asimismo, algunos paralelos a nuestra forma 20 y 22 y a algunos de los motivos decorativos pintados, siendo su inicio de ocupación en el s. III, continuando en los siglos II y I a.C. (Revilla, 1985: 100-101, figs. 56, 58 y 59). Alepud también proporciona galbos similares a los números 21 y 27 junto a fragmentos elaborados a mano, algunos semejantes a los nuestros. Su ocupación se fija entre los siglos V y II a.C. (Revilla, 1986: 206, figs. 108-110).

La Buitrera de Rebollo de Duero muestra ejemplares similares al tipo 14, que presenta paralelos en Luzaga y El Atance, y un ejemplar similar a la pieza 9. La fase celtibérica de este yacimiento se fecha en los siglos IV-III a.C. (Revilla, 1986: 234, figs. 122 y 123-24). También hay algunos vasos muy próximos a los tipos 5, 8 y 9 en el Altillo de las Viñas (Ventosa de Fuentepinilla), ofreciendo una cronología más tardía, de torno a los siglos II-I a.C. (Pascual, 1991: 216-218, figs. 120 a 123 y 130).

En los Castillejos de Pelegrina (Guadalajara) encontramos paralelos en algunas formas del Celtibérico Antiguo y Pleno (Castillejos II y III), como en algunas urnas cóncavo-convexas, fuentes y formas globulares y en las denominadas de pico de ánade que presentan, además, temática decorativa muy parecida (Talavera, 2002: 126-128 y 133, figs. 19 a 26).

CONSIDERACIONES CRONOLÓGICO-CULTURALES

Las Martillas II constituye un ejemplo más de los yacimientos celtíberos de cronología más antigua. Su emplazamiento se correspondería con el segundo tipo de Revilla, es decir, ubicado en zonas elevadas pero no aisladas, son zonas aterrazadas junto a arroyos y ríos, emplazamientos estratégicos pero parece que no de carácter defensivo (Revilla, 1985: 337).

Dentro de la tipología de hábitats, mencionados por Estrabón (ciudades, castillos y aldeas), nuestro yacimiento se correspondería con las aldeas diseminadas por zonas llanas y fértiles con un modelo económico basado en la producción agropecuaria (Morales, 1995: 301).

Respecto a la cerámica, en los primeros momentos, como bien señala F. Morales, en la base del mundo celtibérico algunas cerámicas se siguen modelando a mano, como las vasijas globulares pulido-rugosas, que es nuestro caso (Morales, 1995: 300). En estos yacimientos más antiguos inicialmente no hay gran variedad de tipos, predominando los tonos oxidantes que van del marrón claro y anaranjado o rojizo. Los paralelos para estas cerámicas son abundantes tanto en yacimientos y necrópolis del centro y sur de la provincia (Carratiermes, etc.) como del norte de Guadalajara (Luzaga, El Atance, etc.). También encontramos múltiples paralelos en Navarra, Rioja y la provincia limítrofe de Zaragoza (Revilla, 1985: 340).



Entre las cerámicas aparecen las vasijas grandes de cuello cilíndrico con la parte superior del borde decorada con una banda pintada en rojo que hay que relacionar con el Valle del Ebro (Pascual, 1991: 267), «que tanto recuerdan a lo ibérico de los siglos V y sobre todo IV a.C.» (Martín Valls y Esparza, 1992: 261). Las fechas que se barajan para el inicio de este tipo de poblados, teniendo en cuenta las dataciones absolutas de Fuensauco y El Royo, es mediados del siglo IV a.C. (Revilla, 1985: 340), aunque si tomamos en consideración estas cerámicas hay algunos autores que plantean la posibilidad de elevar la fecha a la primera mitad de dicho siglo (Morales y Ramírez, 1993: 241-246), hecho que también parece reflejarse en algunos esquemas sobre la génesis de la cultura celtibérica (Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, 1992: 470, fig. 2).

Las formas son poco variadas, vasijas globulares de bordes hacia fuera o perfiles zoomorfos, cuencos, etc., decorados con líneas pintadas horizontales y círculos o semicírculos concéntricos. No observamos la variedad formal y decorativa de épocas posteriores, faltando las cerámicas clásicas de los poblados de los s. II-I a.C. como los cuencos hemisféricos, las copas de pie corto o alto, las jarras de boca circular o trilobulada, embudos, vasijas grandes globulares de labio engrosado y borde vuelto hacia adentro, *book*, etc.

Estas últimas consideraciones nos llevan, con las lógicas reservas, a pensar que el yacimiento deja de ocuparse hacia mediados del s. II a.C. coincidiendo con el fenómeno expansionista romano en el Alto Duero.

SECUENCIA CULTURAL DE LAS MARTILLAS

En Las Martillas de Fuentepinilla podemos observar toda una secuencia cultural y evolutiva que cronológicamente se puede enmarcar desde fines del s. VII hasta, cuando menos, mediados del s. II a.C.

Las Martillas I se corresponde con el grupo de poblados no castreños del centro-sur de la provincia, diferenciados de los castros de la Serranía Norte y de los Castros del Sureste, ubicados en el reborde sur-oriental, en las cabeceras del Nájima, Henar y Jalón (Jimeno y Arlegui, 1995: 103-104).

Esta diferenciación de tipos de hábitat durante la Primera Edad del Hierro de Soria viene a corroborar la necesidad de individualizar la variedad de los modelos de asentamiento. Ya en su momento definimos con suma claridad lo que entendíamos por castro de la serranía norte frente a otros tipos de poblados, definición que parece ser que va cuajando y va siendo aceptada (Bachiller, 1986 y 1987a; Bachiller y Ramírez, 1993: 34-35).

Estos poblados de la zona centro-meridional de la provincia ocupan terrazas que dominan zonas abiertas, llanas, de amplia visibilidad y aptas para el aprovechamiento agrícola, así como las vegas fluviales del Duero y otros ríos de menor entidad; no está fortificados o al menos no hemos constatado la existencia de defensas artificiales. Pertenece a este grupo, además de Las Martillas I de Fuentepinilla, La Cuesta del Espinar de Ventosa de Fuentepinilla, El Ero de Quintana Redonda, La Corona de Almazán, La Buitrera de Rebollo de Duero, etc., poblados cuya cro-



nología se fija desde fines de siglo VIII hasta el s. V a.C., o poco después, al menos eso parece deducirse de los paralelos cerámicos (Pascual, 1991: 263; Revilla, 1985: 336).

Respecto a sus producciones cerámicas realizadas a mano, observamos variaciones formales que comprenden cuencos, escudillas, platos hondos, formas globulares, etc., que presentan, en algunos casos, similitudes formales tanto con las cerámicas castreñas como con algunos asentamientos y necrópolis meridionales. Asimismo, muestran paralelos formales con cerámicas de los grupos de Campos de Urnas del Valle del Ebro, con Navarra y Rioja, y con yacimientos de las provincias limítrofes de Guadalajara y Zaragoza. Hay una cierta pobreza decorativa, siendo la mayoría de los ejemplares lisos. La decoración plástica de cordón con digitaciones o unguilaciones es lo más habitual, junto con incisiones, unguilaciones y digitaciones en los bordes de algunos recipientes. Junto a ellas aparecen ejemplares de paredes más finas y mejor acabado que suelen presentar grafitado.

Es de resaltar, como puso de manifiesto Revilla para la comarca de Almazán, que en estos yacimientos, que corresponden a territorios que, según diversos autores, se dan por ocupados por los arévacos, tampoco parecen atisbarse los emplazamientos característicos, ni los nuevos sistemas de arquitectura militar, ni las formas cerámicas y motivos decorativos que pudieran identificar el horizonte protoarévaco, propuesto por Romero y matizado en diversas ocasiones (Revilla, 1985: 334 y 343; Pascual, 1991: 263; Romero, 1984: 43 y 1991: 502-503; Delibes y Romero: 1992: 254-255).

Por otra parte, fruto de una lectura inadecuada, sin duda alguna, se nos atribuye tajantemente la negativa a reconocer aquel horizonte protoarévaco (Romero y Misiego, 1995a: 78-79) cuando, en realidad, nos manifestábamos, tal y como entonces se definía dicho horizonte, en contra de su aplicación «en lo que a los castros serranos se refiere» (Bachiller, 1987b: 47). Debemos, también, tener en cuenta que si se identifican castros con pelendones, como afirmaba Taracena y como otros investigadores han hecho posteriormente, no dejaría de ser una especie de contradicción utilizar este término al referirse a los castros (Taracena, 1954: 203; Pascual, 1991: 263; Bachiller y Ramírez, 1993). De todas formas no deja de ser extraño que no se llegue a vislumbrar este horizonte protoarévaco en estos territorios (Comarca de Almazán, Zona Centro, etc.) que, al decir de algunos investigadores, pudieron ser parte del área nuclear arévaca.

El momento final para algunos de estos poblados se puede fijar entre fines del s. V a.C. o poco después, no llegando algunos de ellos a conocer la cerámica torneada como La Corona de Almazán o El Ero de Quintana Redonda, caso que no es el nuestro. Por el contrario, otros llegan a conocer la cerámica a torno como La Buitrera de Rebollo de Duero, cuya vida se prolonga hasta el s. III a.C., o La Cuesta del Espinar, que pervive hasta el s. IV a.C. Precisamente algunas de las cerámicas torneadas de este yacimiento, consideradas entre las más antiguas, las que presentan decoración pintada rojiza en el labio, son las que enlazan con piezas similares de Las Martillas II.

El poblamiento celtibérico de esta zona comprende, al parecer, dos momentos, uno más antiguo fechable en los siglos IV-III a.C. y otro más moderno encuadrado en los siglos II-I a.C., ya que dentro de la dilatada cronología de los



asentamientos celtíberos no todos son sincrónicos (Morales, 1995: 300). En este sentido, tanto Revilla como Pascual observaron diferencias de emplazamiento entre los yacimientos de cronología más antigua y los más modernos.

Los correspondientes al primer momento se ubican en lugares elevados y de buena visibilidad, dominando los valles de los ríos. Parece ser que, en este momento de la cultura celtíbera, el número de poblados no aumenta en relación al de los asentamientos de la Primera Edad del Hierro, observándose cierta continuidad en la sustitución de unos por los otros, como parece ser nuestro caso (Pascual, 1991: 267).

En estos primeros momentos perviven algunas cerámicas a mano en proporciones mínimas, cerámicas torneadas con el labio decorado con una franja pintada con paralelos en el valle del Ebro y Duero Medio, y otras formas cerámicas a torno de diversa tipología.

Al menos otros dos yacimientos, además de Las Martillas II, Alepud de Morón de Almazán y Los Chopazos de Almazán presentan cerámicas a mano y torneadas, fechándose el primero entre los s. V-II a.C., y entre el IV-I a.C., el segundo (Revilla, 1985: 204-212 y 35-60).

El aumento significativo de poblados en la zona, con respecto a la Primera Edad del Hierro y a la primera fase de la celtiberización, se produce a partir del s. II a.C. En una zona inmediatamente colindante a la nuestra, entre los ríos Mazos e Izana, la distancia media entre los yacimientos está en torno a los 2,5 kilómetros dominando espacios abiertos de amplias posibilidades agrícolas. Es el momento de máxima ocupación, siglos II-I a.C., momento que creemos que no alcanza nuestro yacimiento por las razones que en diversos lugares de este trabajo ya hemos expuesto.



BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO-GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (1992): Paleoetnología de la Península Ibérica. Reflexiones y perspectivas de futuro. En ALMAGRO-GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.): *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum 2-3*. Madrid, 469-499.
- ÁLVAREZ, A. (1990): *La Transición Bronce Final-Hierro I en el sector Guadalope-Regallo*. Tesis Doctoral inédita. Universidad de Zaragoza.
- ARENAS, J. y MARTÍNEZ, J.P. (1999): El origen de la cultura celtibérica. *Revista de Soria, 25, Celtiberos. Homenaje a José Luis Argente*, Soria, 19-28.
- ARGENTE, J.L., DÍAZ, A. y BESCÓS, A. (2001): *Tiermes v. Carratiermes. Necrópolis Celtibérica*. Arqueología en Castilla y León, 9, Valladolid.
- BACHILLER, J.A. (1984): *La cultura castreña de la Altimeseta Soriana*. Memoria de Licenciatura, Universidad de Zaragoza (inédito).
- (1986): Los castros sorianos: algunas consideraciones generales. *Celtiberia, 72*, Soria, 349-356.
- (1987a): *La cultura castreña soriana de la cuenca Alta del Duero*. Universidad de La Laguna.
- (1987b): *Nueva sistematización de la cultura castreña soriana*. Cuadernos de Prehistoria y Arqueología, Serie Monográfica, 1, Zaragoza.
- BACHILLER, J.A. y RAMÍREZ, M. (1993). Contribución al estudio de los pueblos prerromanos del Alto Duero: pelendones. *Vegueta, 1*, 31-46.
- BOROBIO, M^a.J. (1985): *Carta Arqueológica de Soria: Campo de Gómara*. Soria.
- BURILLO, F. (coord.) (1990): *Necrópolis Celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos*. Zaragoza.
- BURILLO, F. y FANLO, J. (1979): El yacimiento del Cabezo de La Cruz en La Muela (Zaragoza). *Caesaragusta, 47-48*, 39-95.
- BURILLO, F., ARANDA, A., PÉREZ, J. y POLO, C. (1995): El poblamiento celtibérico en el Valle Medio del Ebro y Sistema Ibérico. En BURILLO, F. (coord.), *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos*. Zaragoza, 245-264.
- CASTIELLA, A. (1977): *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*. Pamplona, 1977.
- (1979): Memoria de los trabajos arqueológicos del poblado proto-histórico de El Castillar (Mendavia). *Trabajos de Arqueología Navarra, 1*, 103-109.
- CEBOLLA BERLANGA, J.L. (1986): El tránsito del Bronce Final a la Primera Edad del Hierro en el sector NW de la cuenca del Jalón. *Bajo Aragón Prehistoria, IX-X*, Zaragoza, 175-191.
- CERDEÑO, M^a.L. (1986): La Edad del Hierro en el área oriental de la provincia de Guadalajara, *Bajo Aragón Prehistoria, IX-X*, Zaragoza, 193-202.



- CERDEÑO, M^a.L., GARCÍA HUERTA, R. y ARENAS, J. (1995): El poblamiento celtibérico en la región del Alto Jalón y Alto Tajo. En BURILLO, F. (coord.), *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos*. Zaragoza, 157-178.
- DE LA ROSA, R. y GARCÍA SOTO, E. (1995): Cerro Ógmigo, un yacimiento de Campos de Urnas en el Alto Jalón. En BURILLO, F. *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos*, Zaragoza, 265-274.
- DELIBES, G. y ROMERO, F. (1992): El último milenio a. C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural. En ALMAGRO-GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Madrid, 232-258.
- EIROA, J.J. (1980a): Datación por C14 del castro hallstático de El Royo (Soria). *Trabajos de Prehistoria*, 37, 433-439.
- (1980b): Corrección y calibración de fechas del C14 de la Cueva del Asno y el castro de El Royo (Soria). *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria*, IV-2, 65-77.
- FATAS, G. (1972): Excavaciones en el Castillo de Miranda (Juslibol, Zaragoza). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 1, 227-269.
- GARCÍA ALONSO, M. (1986-87): Aportaciones a la transición del Hierro I al Hierro II en el centro de la Cuenca del Duero. *Zephyrus*, XXXIX-XL, Salamanca, 103-111.
- GARCÍA-SOTO, E. y DE LA ROSA, R. (1995): Consideraciones sobre el poblamiento en la ribera soriana del Duero, durante la Primera Edad del Hierro. En BURILLO, F. *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los celtiberos*. Zaragoza, 83-92.
- JIMENO, A. y ARLEGUI, M. (1995): El poblamiento del Alto Duero. En BURILLO, F. *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos*. Zaragoza, 93-126.
- LLANOS, A. (1976): Un ejemplo de hábitat prerromano en el Alto Ebro. El poblado de La Hoya (Laguardia, Álava). *Symposium de Ciudades Augusteas*, II, Zaragoza.
- MARTIN VALLS, R. y ESPARZA, A. (1992): Génesis y evolución de la Cultura Celtibérica. En ALMAGRO-GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.) *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum* 2-3, Madrid, 259-279.
- MORALES, F. (1995): *Carta Arqueológica de Soria. La Altiplanicie Soriana*. Soria.
- MORALES, F. y RAMÍREZ, M. (1993): Signos de una temprana iberización en el Alto Duero. *XXII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 241-246.
- PASCUAL, A.C. (1991): *Carta Arqueológica de Soria. Zona Centro*. Soria.
- REVILLA, M^a.L. (1985): *Carta Arqueológica de Soria. Tierra de Almazán*. Soria.
- REVILLA, M^a.L. y JIMENO, A. (1986-87): La dualidad de la cultura castreña en la provincia de Soria. *Zephyrus*, XXXIX-XL, Salamanca, 85-101.
- ROMERO, F. (1984): La Edad del Hierro en la provincia de Soria. Estado de la cuestión. *I Symposium de Arqueología Soriana*. Soria, 1982, 51-121.
- (1991): *Los Castros de la Edad del Hierro en el Norte de la provincia de Soria*. Universidad de Valladolid.
- ROMERO, F. y MISIEGO, J.C. (1995a): La Celtiberia Ulterior. Análisis de sustrato. En BURILLO, F. (coord.), *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos*. Zaragoza, 59-81.
- (1995b): Desarrollo secuencial de la Edad del Hierro en el Alto Duero: El Castillejo (Fuensauco, Soria). En BURILLO, F. (coord.), *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos*. Zaragoza, 127-139.

- RUIZ ZAPATERO, G. (1985): *Los campos de urnas del NE. De la Península Ibérica*. Universidad Complutense. Madrid.
- (1995): El sustrato de la Celtiberia Citerior. El problema de las invasiones. En BURILLO, F. *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los celtiberos*. Zaragoza, 25-40.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D. (1986): *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Valladolid, 126 y ss.
- TALAVERA, J. (2002): *El poblado arévaco de los Castillejos de Pelegrina, Guadalajara (España). Evolución de sus fases*. BAR, Internacional Series. London.
- TARACENA, B. (1954): Los pueblos celtibéricos. *HEMP*, vol. 1,3, Madrid, 197-299.



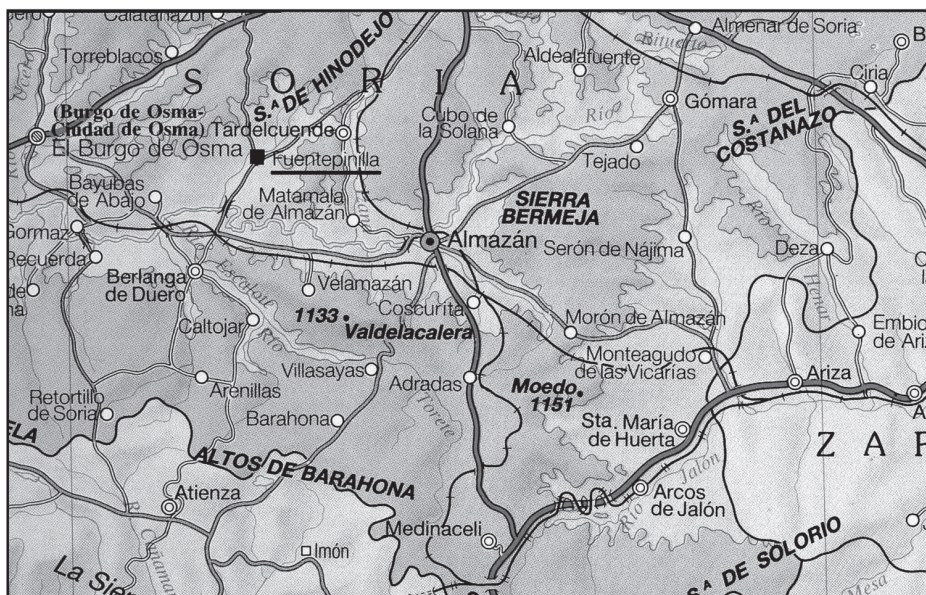


Figura 1.1. Situación geográfica.

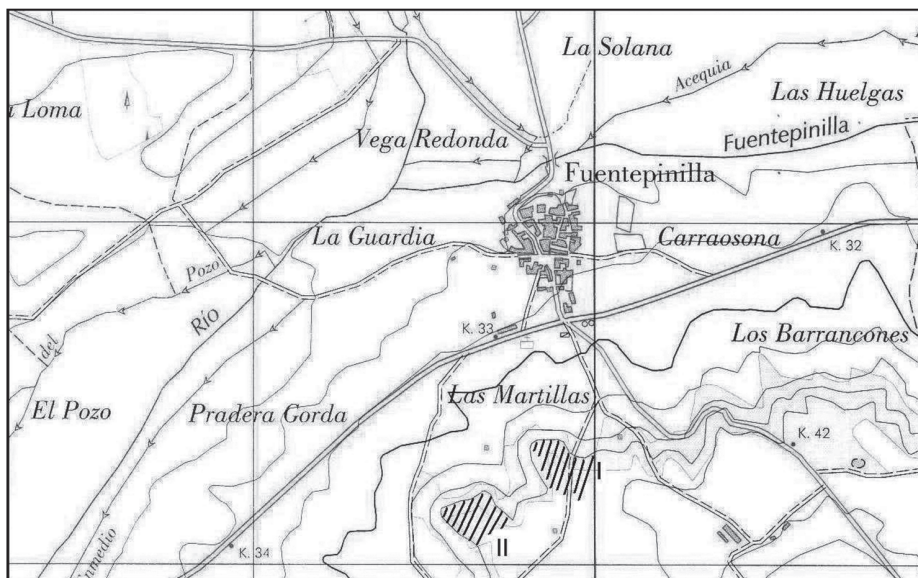


Figura 1.2. Localización de los yacimientos.

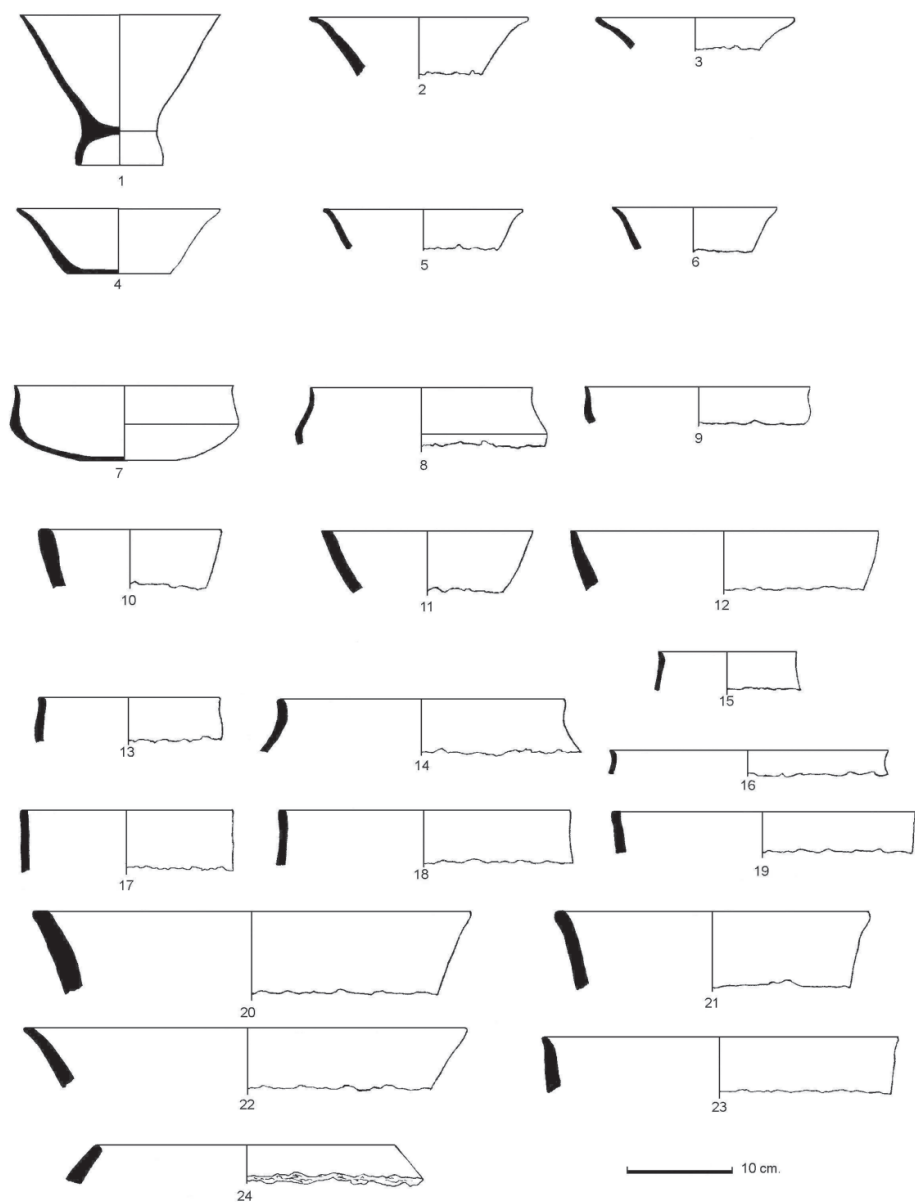


Lámina 1. Las Martillas I. Formas cerámicas elaboradas a mano.

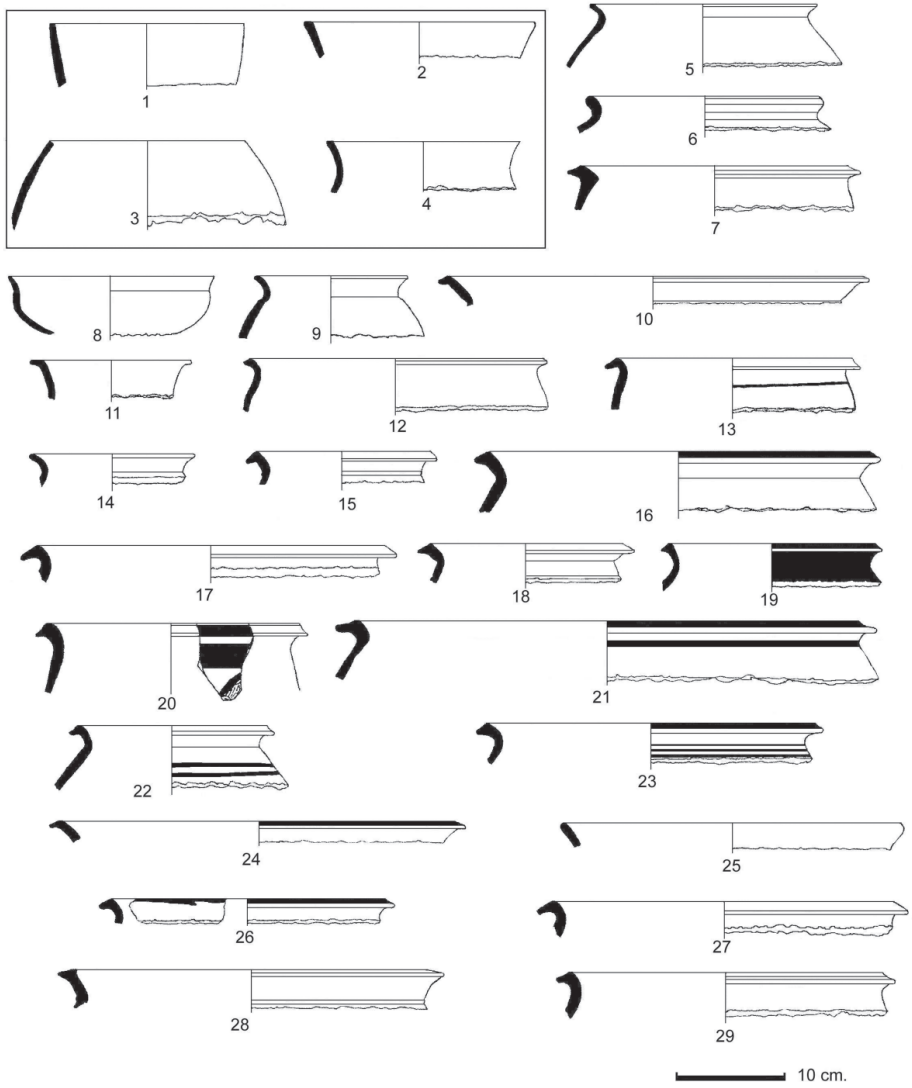


Lámina 2. Las Martillas II. 1 a 4 cerámica a mano, 5 a 29 a torno celtibérica.

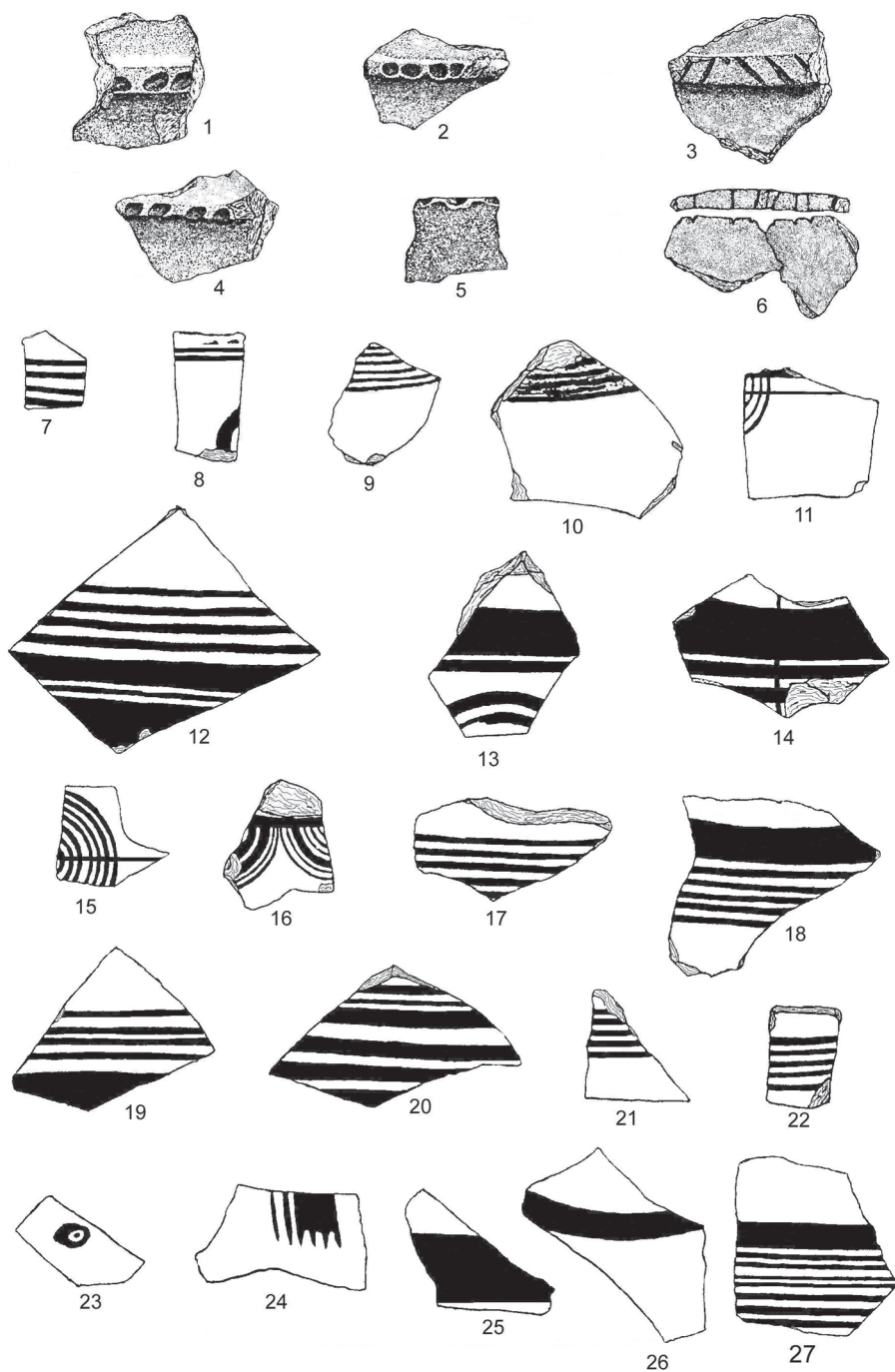


Lámina 3. Motivos decorativos. 1 a 6 Las Martillas I. 7 a 27 Las Martillas II.